



# Sydenham y Cervantes

## *Sydenham and Cervantes*

■ Ludwig Edelstein

■ Blackmore\*, médico y poeta de gran renombre en tiempos de la reina Ana y de Jorge I, aunque muy pronto pasó al olvido y fue poco apreciado, en uno de sus tratados plantea la cuestión de si es más importante la experiencia o el aprendizaje en la adquisición del conocimiento médico<sup>1</sup>. Su respuesta es que, si uno ha de escoger entre ambos, la experiencia es, con mucho, preferible porque (en palabras de Blackmore):

“resulta muy evidente que un hombre que tenga sentido común, vitalidad y carácter, pueda ascender hasta el rango más elevado de entre los médicos sin la ayuda de una gran erudición y del conocimiento de los libros; y éste era el caso que había mencionado el doctor Sydenham, quien se convirtió en un médico capaz y eminente aunque nunca se planteó entrar en la profesión hasta que se apaciguaron las guerras civiles y, siendo entonces un oficial

---

Ludwig Edelstein (1902-1965), especialista en filología clásica, fue también historiador de la Medicina. Alemán de nacimiento y estadounidense de adopción, junto con Henry E. Sigerist (1891-1957), Owsei Temkin (1902-2002) y Edwin Heinz Ackerneck (1906-1988) formó parte de los grandes historiadores de la Medicina germanos que emigraron a Estados Unidos en tiempos del nacionalsocialismo. Su partida (en 1933) significó una gran pérdida para la investigación médica teórica, dado que el movimiento hipocrático surgido en la década de 1920 —al que se habían unido muchos médicos llamados por una excesiva exaltación de la figura de Hipócrates, con la que se pretendió hacer frente a los problemas de la Medicina de la época— había conducido a una sólida institucionalización de la Historia de la Medicina. Merced a sus ediciones de textos y sus interpretaciones sobre el juramento hipocrático, Edelstein desempeñó un destacado papel en ese movimiento. El presente artículo es una traducción, con las debidas autorizaciones, del original: Edelstein L. Sydenham and Cervantes. *Bulletin of the History of Medicine* (Baltimore), 1944; supl. 3:55-61. La traducción es de Assumpta Mauri Mas y José Luis Puerta.

\* *N. de los T.* Se está refiriendo a Sir Richard Blackmore (1654-1729), que fue armado caballero en 1697 por el rey Guillermo III de Inglaterra.

<sup>1</sup> Véase: Sir Richard Blackmore. *A Treatise upon the Small Pox*, 1723, pp. xi-xii.



Retrato de Thomas Sydenham (1822). Grabado de H. F. Rose.

licenciado, entró en ella para lograr su sustento, sin ningún aprendizaje adecuado que le preparase para emprenderla”.

Sin embargo, aun siendo la experiencia superior al aprendizaje, es el hecho de estar pertrechado con estas dos “defensas” lo que, en opinión de Blackmore, da lugar al médico ideal. No obstante, según Blackmore, Sydenham adoptó la postura opuesta, depreciando el aprendizaje. Como prueba de esta afirmación, prosigue Blackmore:

“Y para mostrar al lector cuánto desprecio sentía por los escritos médicos, cuando un día le pedí que me aconsejase qué libros debía leer que me capacitasen para la práctica, respondió: ‘Lea el *Quijote*, es un libro muy bueno, yo ya lo he leído’; tan poca era la estima que sentía este hombre célebre por el conocimiento recogido a partir de los autores que le precedieron”.

La ocurrencia de Sydenham en relación a Cervantes se ha hecho muy famosa, y generalmente se la ha entendido del mismo modo en que la interpretó Blackmore. Aunque pocos llegan tan lejos como él y afirman que Sydenham denigró un saber del que no era maestro “y tal vez por esta razón”<sup>2</sup>, la mayor parte de la gente concluye a partir de la observación de Sydenham que éste se oponía al aprendizaje mediante los libros, siendo su máxima: “Lee lo que desees; leer libros nunca formará un médico”, o que despreciaba como mínimo el aprendizaje contemporáneo<sup>3</sup>. Hace poco que Samuel Johnson comentó acerca de las afirmaciones de Sydenham:

“Cualquiera que fuera su significado... es cierto que Sydenham no consideraba imposible escribir algo de utilidad sobre medicina porque él mismo lo ha hecho, y no es probable que llevase su vanidad tan lejos como para imaginar que ningún hombre hubiera logrado ser tan competente como él”<sup>4</sup>.

Además, Sydenham veneraba a Hipócrates, al que denomina el Rómulo de los médicos. Leyó y releyó los escritos del “divino anciano”, creyendo que los principios más importantes de sus doctrinas derivaban de él. Reconoce expresamente que los tratados hipocráticos y las obras de otros autores, aunque sean pequeñas en número, no solo contienen las semillas de la verdad, sino también la verdad en sí misma<sup>5</sup>. Tampoco es posible que Sydenham haya hecho caso omiso del valor de la erudición contemporánea. Estaba muy próximo a Locke y era amigo de Boyle, y demostró un gran aprecio por ambos en las dedicatorias de sus ensayos<sup>6</sup>. Aunque Sydenham se dedicó en primer lugar al estudio de los fenómenos, en realidad no era un detractor del aprendizaje ni tampoco un enemigo de toda la literatura científica.

Johnson, al darse cuenta de lo inverosímil que resultaba la interpretación de Blackmore a la respuesta críptica de Sydenham, lanzó la idea provisional de que el primero estaba equivocado por “ese amor a sí mismo que ciega a toda la humanidad”, y señaló que tal vez Sydenham simplemente tratase de afirmar que Blackmore nunca

<sup>2</sup> Véase: Blackmore, *ibid.*, p. xii.

<sup>3</sup> En relación a la primera interpretación, véase J. F. Payne, *Thomas Sydenham*, 1900, p. 191 y, en relación a la última, véase K. Faber, *Nosography*, 2, 2.<sup>a</sup> ed., 1930, p. 11.

<sup>4</sup> *Lives of Sundry Eminent Persons [Sydenham]*, *The Works of Samuel Johnson*, XII, 1810, p. 183.

<sup>5</sup> Véase: Thomas Sydenham, *Opera Omnia*, ed. G. A. Greenhill, 1844, pp. 13, 14, 307; y en lo que se refiere a la relación de Sydenham con Hipócrates en general, véanse: Payne, *op. cit.* pp. 222 y ss., y O. Temkin, *Die Krankheitsauffassung von Hipocrates und Sydenham in ihren Epidemien*, *Archiv für Geschichte der Medizin*, XX, 1928, pp. 327 y ss.

<sup>6</sup> Véase: Sydenham, *op. cit.*, pp. 6 y 7, y también: Payne, *op. cit.*, pp. 236 y ss.

<sup>7</sup> Véase: Johnson, *op. cit.*, pp. 182-183.

se convertiría en un buen médico, leyera lo que leyera<sup>7</sup>. No obstante, Johnson tan solo pudo dar una explicación *ex eventu*. Por lo visto, Sydenham había conocido a Blackmore siendo éste aún estudiante o un joven que acababa de iniciar su carrera. En ese momento, hubiera resultado necesario tener capacidad profética para ver los defectos del futuro médico, del “famoso moderno”, de quien Swift se ríe en la *Battle of the Books*<sup>8</sup>. También se ha afirmado que Sydenham simplemente trataba de ridiculizar a Blackmore, el “pedante y estúpido”. Sin embargo, los trabajos poéticos de Blackmore que le convirtieron en el “hazmerreír de todos” fueron publicados tras la muerte de Sydenham<sup>9</sup>. Por tanto, todos los intentos de encontrar en la afirmación de Sydenham una insinuación acerca del carácter o de los logros de Blackmore resultan poco convincentes.

Dicho esto, uno se siente casi obligado a aceptar el veredicto final de Johnson y a considerar la recomendación de Sydenham con relación a la lectura del *Quijote* como “una ocurrencia fugaz de una imaginación que se regocija, o una salida improvisada de una mente que está ocupada con otras tareas y que tiene prisa por quitarse de encima a un intruso molesto”. Y, al adoptar esta suposición, uno apenas puede dejar de sumarse al lamento de Johnson: “Con frecuencia, la perversión humana brota en hombres eminentes como desahogo. Los ociosos y los ignorantes buscarán siempre refugio en este descabellado apotegma”<sup>10</sup>. En realidad, por inconsistente que pudiera resultar su verdadera opinión, ¿no da la sensación de que Sydenham alienta el desdén por la literatura médica cuando aconseja a Blackmore la lectura de una novela en lugar de la de libros científicos? Pero, antes de que el historiador y el crítico despachen la observación de Sydenham como una broma peligrosa o, bien, que aquellos que son demasiado vagos para estudiar se consuelen a sí mismos considerando que era desprecio lo que Sydenham sentía por los libros y se amparen en su ejemplo como excusa para ocultar su propia debilidad, puede que crean que merece la pena tomar las palabras de Sydenham tal y como son sin buscar ningún significado oculto. Después de todo, él no se pronunció en contra de la lectura de libros ni de ninguna investigación. Al ser interrogado por Blackmore acerca de qué libros debía leer para perfeccionar su práctica, Sydenham le aconsejó uno, el *Quijote*. Afirmó que le gustaba ese libro y todavía seguía leyéndolo en sus años de madurez; aconsejó a Blackmore

<sup>8</sup> Véase: Payne, *op. cit.*, p. 192. La cuestión planteada por Sydenham a Blackmore [Sir Richard Blackmore, ¿1654?-1729] sería completamente irrelevante si ya hubiera quedado claramente establecida en su pregunta. En relación a la mención de Blackmore por parte de Swift, véase *The Prose Works of Jonathan Swift*, ed. por H. Davis, I, 1939, p. 158; en lo tocante a la vida de Blackmore y al papel que éste jugó en su tiempo véase: T. N. Toomey, Sir Richard Blackmore, M.D., *Annals of Medical History*, IV, 1922, pp. 180 y ss.

<sup>9</sup> Véase : Payne, *op. cit.*, p. 192.

<sup>10</sup> Véase Johnson, *op. cit.*, p. 182, y también del mismo autor: *Lives of the English Poets*, ed. por G. B. Hill, II, 1905, p. 236.

que leyese esta obra si aspiraba a convertirse en un buen médico. Evidentemente, Sydenham consideraba el *Quijote* como una obra de arte merecedora de la atención y del elogio del médico, y tiene que haber habido alguna razón para su deleite en la obra de Cervantes. Además, dado que hablaba en broma y en forma algo inapropiada cuando recomendó a Blackmore la lectura del *Quijote* en lugar de los tratados de Hipócrates, surge la cuestión de por qué escogió esta obra de ficción y no cualquier otra y qué era, en su opinión, lo que un médico podría aprender de las aventuras del caballero de la Mancha. Si uno tiene en cuenta la indicación de Sydenham, y lee atentamente el *Quijote* y reflexiona, tal y como debiera hacer un buen lector, tratando de comprender el método empleado por el autor al escribir su trabajo y sobre su propósito, entonces el verdadero significado de las misteriosas palabras de Sydenham tal vez resulte evidente.

Cervantes, en la introducción a su relato inmortal, confiesa que durante algún tiempo albergó dudas acerca de la posibilidad de publicarlo. En una ocasión, afirma, incluso llegó a tomar la decisión de que su manuscrito nunca debía ver la luz porque le parecía que no tenía una orientación erudita. Pero entonces, prosigue, un amigo suyo le persuadió para que cambiase de opinión. Señaló que las extensas citas de autores ilustrados, toda la parafernalia de la erudición, resultaban bastante poco útiles en esta historia del valiente e ingenioso caballero errante:

“Solo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo, que, cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere”<sup>11</sup>.

En otras palabras, Cervantes estaba tratando de representar la realidad tal y como era, al imitar la naturaleza. Los contemporáneos de Sydenham no dejaron de observar el trasfondo realista del trabajo de Cervantes. Locke escribió:

---

<sup>11</sup> Cervantes, M. *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: Ed. Instituto Cervantes/Ed. Crítica, 1998, prólogo, p. 17 [en la edición manejada por Edelstein: p. 10]. (Todas las citas del *Quijote* se han referido a una edición española reciente, la que acaba de reseñarse, para facilidad del lector.) En el artículo original de L. Edelstein se recoge la siguiente nota: Véase: *The History of don Quixote of the Mancha*, traducido por Thomas Shelton, ed. J. Fitzmaurice-Kelly, I, 1896, p. 10 [The Tudor Translations, XIII]. Para este escrito estoy usando la traducción de Shelton, que debe de haber utilizado Sydenham porque no deseo dar al texto de Cervantes un significado diferente al que le pudo haber dado Sydenham. La segunda traducción inglesa del *Quijote*, hecha por J. Philips, 1687 (véase a este fin: J. Fitzmaurice-Kelly, *The Life of Miguel Cervantes Saavedra*, 1892, p. 340) apareció tan solo dos años antes de la muerte de Sydenham. N. de los T. La traducción al inglés del *Quijote* por parte de Thomas Shelton, que fue la primera que se hizo a otro idioma, apareció publicada en 1612, aunque el texto lo había preparado unos años antes a partir de una edición impresa en Bruselas (1607) y compuesta en español, que solo contenía la I parte. En 1616, año del fallecimiento de Cervantes, se publicó también en Bruselas la II parte, cuya traducción realizó también Shelton y concluyó en 1620.





Retrato de Richard Blackmore. Grabado de Gilbert White.

“De todos los libros de ficción, no conozco ninguno que iguale la historia de *don Quijote*, de Cervantes, en cuanto a utilidad, jocosidad y decoro permanente. Y, en realidad, no puede resultar agradable ningún escrito que no tenga la naturaleza como fondo o que no la copie”<sup>12</sup>.

Aquí Sydenham, para quien la comprensión de la naturaleza de las enfermedades era la principal tarea de la investigación médica, se preguntaba si:

“al escribir la historia de una enfermedad... hay que observar los fenómenos evidentes y naturales de la misma, y sólo éstos. Deben ser observados con exactitud y con toda minuciosidad, imitando la intensa aplicación de los pintores

que representan en sus retratos los lunares más pequeños y las manchas más tenues”<sup>13</sup>.

¿Puede decirse que, en estas circunstancias, resulte asombroso que Sydenham haya considerado el *Quijote* un buen libro? Lo que él mismo trató de hacer en sus escritos, lo había hecho Cervantes, el escritor, en su obra: había retratado la naturaleza sin omitir el menor detalle. Existía una afinidad natural entre ambos autores, tanto en sus objetivos como en sus métodos e incluso en su lenguaje. Puede que Sydenham haya afirmado de sus tratados lo que Cervantes dice de su historia:

<sup>12</sup> Véase: *Some Thoughts concerning Reading and Study for a Gentleman*, *The Works of John Locke*, III, 10.<sup>a</sup> ed., 1801, p. 275.

<sup>13</sup> Véase: *The Works of Thomas Sydenham*, traducido por R. G. Latham, I, 1948.

“Sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas... pintando en todo lo que alcanzáredes y fuere posible vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos y oscurecerlos”<sup>14</sup>.

Así pues, si resulta fácil darse cuenta de que a Sydenham le gustaba el *Quijote*, no es menos comprensible que, dado su punto de vista en relación a la Medicina, nunca dejase de leer la novela de Cervantes y que hubiera aconsejado a otros médicos que leyeran ese libro con el fin de prepararse para su propia tarea. Lo que Sydenham detestaba más en el estudio de las enfermedades era la usurpación de teorías; en el mismo momento en que exige al investigador que se aferre a la descripción simple y completa, o más bien a copiar la naturaleza, le apremia:

“Al escribir la historia de una enfermedad, cualquiera que sea la hipótesis filosófica que anteriormente ocupase la mente del autor debe permanecer en suspenso... Ningún hombre puede establecer los errores ocasionados por estas hipótesis fisiológicas. Los escritores, cuyas mentes han tomado un falso color por su influencia, han elaborado enfermedades a base de fenómenos que tan sólo existían en sus mentes, pero que hubieran resultado claros y visibles al mundo entero si la hipótesis adoptada hubiera resultado ser cierta. Añádase a esto, que si por casualidad algún síntoma coincide exactamente con su hipótesis y se presenta en la enfermedad que describirían, lo exageran más allá de toda medida y moderación, así lo hacen con todo, y la colina se convierte en una montaña; mientras que, si no consiguen que concuerde con la mencionada hipótesis, lo pasan por alto silenciándolo por completo o mencionándolo tan solo incidentalmente, a menos que, gracias a alguna sutileza filosófica, puedan utilizarlo para sus propios fines o, incluso, valiéndose de medios ilícitos, lo acomodan de un modo u otro a sus creencias”<sup>15</sup>.

Don Quijote, tal y como afirma Cervantes al principio de su historia, tenía la costumbre de zambullirse completamente en la lectura de libros. “Lenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros... y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo”. Por consiguiente, cuando se aventuró en el mundo por primera vez, “a nuestro caballero aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de que lo había leído”<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> Don Quijote, *op. cit.*, primera parte, prólogo, p. 18 [en la edición manejada por Edelstein: p. 11].

<sup>15</sup> Sydenham, *op. cit.*, p.14.

<sup>16</sup> *Don Quijote*, *op. cit.*, primera parte, cap. 1, p. 39 [en la edición manejada por Edelstein: p. 25] y cap. 2, p. 49 [en la edición manejada por Edelstein: p. 31].



*Grabado de Don Quijote luchando contra los molinos de viento de Gustavo Doré.*



Esta es la razón por la que lucha contra molinos de viento. Para don Quijote “los sueños son hechos y los hechos son sueños”<sup>17</sup> porque para él todo adopta el colorido de su imaginación, de las fantasías de su mente, que confunde constantemente con la realidad. Pasa por alto todo lo que va en contra, o bien lo combate lo mejor que puede, dentro de sus extravagancias, precisamente tal y como lo hacen los partidarios de hipótesis ampulosas, que Sydenham critica. Y lamentablemente fracasa en su empresa, precisamente tal como, en su opinión, están destinados a hacerlo los seguidores de las teorías fisiológicas cuando tratan de comprender la naturaleza<sup>18</sup>.

Tan solo al final de su vida comprende don Quijote cuán loco estaba. Lo único que le queda es alabar la misericordia de Dios, a través del cual finalmente ha vuelto a conseguir, aunque sea demasiado tarde, “el juicio libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías”<sup>19</sup>. Se supone que el lector del libro de Cervantes va a sufrir la misma conversión, aunque, entretanto, hay todavía tiempo de que siga otro rumbo. Así pues, el amigo de Cervantes afirma en la introducción al *Quijote*: “lle- vad la mira puesta a derribar la máquina mal fundada destes caballescros libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más; que, si con esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco”. De este modo, al terminar su relato el escritor repite: “no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna”<sup>20</sup>.

Pienso que Sydenham leyó el *Quijote* como forma de catarsis, como un modo de medicina preventiva para el médico, y que deseaba que otros leyeran el libro con la misma finalidad. La posibilidad de que la obra maestra de Cervantes no sea otra cosa que la biografía de un perturbado que recobra el juicio merced a un amargo sufrimiento es lo que hacen creer las palabras del escritor; este no es el lugar para dilucidar si la *fabula docet* casi indescifrable es algo distinto de lo que pretende ser o es algo más. Basta con que el libro pueda comprenderse tal y como Sydenham parece haberlo hecho y que, en general, se comprendiera de ese manera en la época de

<sup>18</sup> Hasta donde yo sé, John D. Comrie, en su obra *Selected Works of Thomas Sydenham*, 1922, p. 2, es el único autor que ha conectado de algún modo con la observación de Sydenham acerca del significado del *Quijote*. Afirma que las palabras en cuestión indican “al mismo tiempo su desprecio por la literatura médica de la época y el conocimiento que puede conseguirse acerca de las debilidades de la humanidad a partir del libro de caballería de Cervantes”. No creo que Sydenham estuviera permitiéndose el lujo de tales generalidades, sino más bien que estaba pensando en el médico y en su tarea concreta.

<sup>19</sup> *Don Quijote*, op. cit., segunda parte, cap. 74, p. 1217 [en la edición manejada por Edelstein: VI, p. 270].

<sup>20</sup> *Don Quijote*, op. cit., primera parte, prólogo, p. 18 [en la edición manejada por Edelstein: I, p. 11] y segunda parte, cap. 74, p. 1223 [en la edición manejada por Edelstein: IV, p. 278].

Sydenham<sup>21</sup>. Locke expresó asombrado que “tras el modelo establecido por el doctor Sydenham de que existe una forma mejor de hacer las cosas, los hombres debieran retornar nuevamente a lo poético de la física”. Y añadió: “Considero que resulta más fácil y más natural para los hombres construir sus propios castillos en el aire que revisar a fondo aquellos que ya están contruidos”<sup>22</sup>. Fue acerca de este instinto de autoengaño contra lo que Sydenham previno a Blackmore, una tendencia particularmente peligrosa en un médico. Lo que él quiere decir es: “tenga cuidado con su imaginación, libérese de sus fantasías, deje que los hechos sean hechos, no contemple la naturaleza a la luz de sus ideas preconcebidas, o será siempre un Don Quijote, un ‘caballero de afligido semblante’”.

---

<sup>21</sup> En relación a la historia de la interpretación del *Quijote*, véase, p. ej., W. J. Entwistle, *Cervantes*, 1940, pp. 140 y ss. En lo relativo a la consideración de Cervantes en Inglaterra, véase: G. Becker, Die Aufnahme des Don Quijote in die englische Literatur, *Palaestra*, XIII, 1906; R. Schevill, On the influence of Spanish Literature upon English in the Early 17<sup>th</sup> Century, *Romanische Forschungen*, XX, 1907, pp. 604 y ss., y también: J. Fitzmaurice-Kelly, Cervantes in England, *Proceedings of the British Academy*, vol. II, 1905.

<sup>22</sup> Locke a Thomas Molineux, 20 de enero de 1692-3; véase: H. R. Fox Bourne, *The Life of John Locke*, II, 1876, p. 243.